

SAN MARTÍN DE PORRES (FRAY ESCOBA)

La historia de nuestro amigo Martín empieza a partir de la visita de Juan de Porres, un caballero español de la Orden de Alcántara, a la ciudad de Lima (Perú), donde trabajó bajo las órdenes del Rey de España, Felipe II. Durante este tiempo, conoció a Ana Velázquez, una joven mulata de Panamá que vivía allí, de la que se enamoró y con la que tendrá dos hijos: Martín y Juana.

Martín nació el 9 de diciembre de 1579. Su padre no lo quiso reconocer, ni a él ni a su hermana. Fue bautizado en la iglesia de San Sebastián de Lima. Ya desde sus primeros años, se pudo apreciar en Martín, un sentido cristiano de amor a sus semejantes. Se cuenta que amaba singularmente a los pobres y los socorría con sus ahorros, un dinero que le debía dar su padre cuando le visitaba. Cuando hacía alguna compra, nunca devolvía el cambio correctamente: "he perdido algunas monedas"... pues lo daba a los necesitados. Su modo de comportarse, su humildad y sencillez de corazón dejó deslumbrado a su padre que, movido por su conciencia, se lo llevó a Guayaquil (Ecuador), país donde estaba destinado. A los 8 años de edad, Martín entró en una escuela primaria, donde estuvo dos años.

Volvió a Lima para continuar sus estudios, pero a la edad de 12 años empezó a trabajar de "barbero". Su ocupación principal era la de extraer dientes y muelas, recetar hierbas, aliviar dolores...era una especie de "médico". Esto no quita que también tuviera que afeitar o cortar el cabello en algunas ocasiones. La barbería era frecuentada por lo más distinguido de la ciudad de Lima. Tanto le gustó este mundo que se ofrecía también como voluntario en los hospitales. Por la noche, lejos de descansar, pasaba horas en vela en su casa rezando delante de una imagen de Jesús crucificado.

Sintiéndose deseoso de servir a los demás, y de amor a Jesucristo, a los 15 años de edad fue a llamar al Convento del Rosario de Lima de los Hermanos Dominicos para entrar como fraile. Comenzó realizando trabajos como barrer (de ahí el apodo de "Fray escoba"), limpiar las celdas, hacer recados, ayudar en la cocina, en la sacristía, en la huerta... servía a todos. Sólo deseaba estar en la casa de Dios y servirle fielmente. A primera hora de la mañana, participaba en la primera misa y comulgaba con gran amor. Tuvieron que pasar unos 15 años para



que fuera aceptado definitivamente en la congregación como hermano dominico de pleno derecho como los otros miembros de la comunidad.

Son incontables los hechos extraordinarios en la vida de este santo, como son las curaciones, milagros, éxtasis... Fray Martín ejerció durante mucho tiempo el trabajo de enfermero en el convento. Y fueron muchas las ocasiones en que aparecía misteriosamente en las celdas de los enfermos para socorrer sus necesidades justo en el momento en que lo necesitaban. El convento del Rosario de Lima se convirtió en un auténtico hospital, ya que Fray Martín recogía a todos los enfermos callejeros de la ciudad. Aunque en un primer momento los superiores le reprocharon esta actitud, ya que rompía con las reglas de la comunidad, como la clausura, donde no podía entrar gente, al final le dieron permiso para que fuera "su hospital particular". Pero guardaba aún unas horas para visitar a personas enfermas en sus propios hogares, en hospitales, en otros conventos... el pobre Martín no tenía ni tiempo para dormir.

Reconciliaba a las personas, les hablaba de Dios y les invitaba a ser sus amigos, pues Jesús es el amigo que nunca falla. Los frailes del convento se preguntaban: pero ¿cuándo duerme?, ¿cuándo descansa?, ¿Y dónde?

El fraile Martín llevó también una vida de mucha oración. Durante la noche, rezaba a Jesús Eucaristía y ante la imagen de la Virgen. Ayunaba mucho, ofreciendo el no comer por los demás, para ayudarles, o alimentándose con un poco de pan y agua durante el tiempo de Cuaresma, de hierbas, raíces insípidas...

En 1639 enfermó de tifus. Los frailes de la comunidad acudieron a su habitación y él les dijo con grandes sufrimientos: "He aquí el fin de mi peregrinación sobre la tierra. Moriré de esta enfermedad. Ninguna medicina será de provecho". También declaró que no se encontraba solo en aquel momento: que estaban a su lado la Virgen María, San José, Santo Domingo, San Vicente Ferrer y Santa Catalina de Alejandría. Fray Martín murió el 3 de noviembre de 1639 dando besos constantemente a un crucifijo que tenía en la mano. El 8 de agosto de 1837 fue declarado beato y el 6 de mayo de 1962, el Papa Juan XXIII le declaró santo.

Su fiesta se celebra el 3 de noviembre y es el patrón por excelencia de los enfermos, protector de los pobres (junto a san Vicente de Paúl y san Camilo de Lelis) y también de los barberos. Junto a san Antonio Abad, se le puede pedir la intercesión en favor de los animales.